

Las Dominicales

Del Libre Pensamiento.

NUM. 21.

Madrid, trim. 2.º pta. Provinciales, id. 2.50. Ultramar, id. 3.00. Número atrasado, 25 céntimos. El pago se hace por trimestres adelantados.

La redacción dará cuenta de toda obra de que reciba dos ejemplares. Administración: Corredora baja, 39, segundo.

Domingo 24 de Junio de 1883.

Redactores: Ramon Chies, Demófilo.

La redacción no responde de los artículos firmados. No devuelve los manuscritos. La Administración no admite anuncios de pago.

AÑO I

Pobres esclavos!

Se susurra por ahí, de há largo tiempo, que Nuñez de Arce, ministro actualmente de Ultramar, es poeta; protesta de semejante calumniamiento.

Poeta no es el que hace versos; poeta es el que funde su alma con la realidad, en su más recóndita fuente; el que se hace íntimo de las alegrías y dolores, y muestra lo que es bueno, inundado de luz á los ojos deslumbrados, y lo que es perverso entre universos de tinieblas.

Pues bien; Nuñez de Arce está en un ministerio donde puede apercibirse más callada y seguramente que nadie de la escoria que se remueve en un territorio donde ondea la honrada bandera española; y cuando percibe el mal, y lo toca, y lo consiente, no tiene, no, alma de poeta.

¿Qué más prueba necesita de la escoria que se remueve en Cuba? Envía allí un subordinado suyo; ese subordinado quiere obligar á pagar tributos que se deben al Estado; demuestra que se viene cumpliendo una cínica inmoralidad, quiere defender las rentas públicas, las arcas del Tesoro nacional. Que le sobraba razón, bastaba á probarlo un solo hecho: el ver alzarse en el Congreso la figura honrada del perseguidor del bandolerismo, la del Sr. Zugasti, individuo de la mayoría, para defender al digno gobernador de Hacienda y protestar contra el atropello que con él se cometía, obligándole á embarcarse. Un hombre serio y concienzudo como el Sr. Zugasti, no realiza aquel acto de oposición á los suyos sin estar seguro de lo que afirma, y ser presa de justa indignación contra el escándalo que daban los que dominaban y siguen dominando en Cuba.

¿Qué mucho? ¿No sabe todo el mundo que el mismo Nuñez de Arce daba la razón al director de Hacienda, y que había anunciado su dimisión antes que consintiera en el atropello?

Y sin embargo de que aquel funcionario llevaba razón, y sin embargo de que representaba la ley y era defendido por altísimas influencias, tuvo que embarcarse para no ser presa de las iras de los que allí imperan.

Esto es, que los que allí gobiernan en jefe resisten hasta pagar tributos que ordenan las autoridades de la metrópoli, y en cambio, con esa situación de tirantez permanente contra todo lo justo, dan lugar á cataclismos, que nos imponen la dura obligación, para sostenerlos, de enviar hijos inocentes de la madre patria, arrebatados sin piedad de los brazos de sus padres, á verter su sangre querida des pues de pasar por los más cruentos dolores. Nos piden soldados cuando se ven impotentes para mantener por sí su dominación, y embarcan nuestros funcionarios cuando les exigen que cedan un ápice de su absoluto imperio.

No; no me digais que la gente de allí es levantisca y rebelde. Es que hay que ser de estuco, y ellos no pueden serlo, porque al fin tienen nuestra sangre, para sufrir con paciencia lo que allí sucede. ¿Pues qué no sabemos á lo que van allí mil aventureros? ¿Pues qué no nos lo han dicho ellos mismos en conversaciones privadas? ¿Pues qué no hay funcionario público que ha confesado que había tenido una larga carrera siendo siempre honrado, y allí se había sentido impotente para serlo? Estoy cansado de oír llamar perla de los mares á aquella isla; pues si las perlas están cubiertas de tanto fango, húndanse en el fondo del Océano.

Medite toda persona de entendimiento sobre el estado de aquella isla, teniendo presente el hecho á que antes he aludido: si los que dominan en Cuba han tenido fuerza bastante para arrojar de ella á un alto funcionario por una cosa, después de todo, de poca importancia, porque quería que no se defraudaran en algunos reales las rentas públicas, siendo así que ese funcionario estaba sostenido por el ministro mismo y por diputados respetables, y por la opinión pública, ¿qué no harán contra los que allí sean indefensos é inermes? Lo que hacen con los míseros esclavos, según declaración solemnemente suscrita por la Sociedad Abolicionista que tengo á la vista, que me espolea á tomar la pluma para hablar de estas cosas.

Diez veces la he cogido para lo mismo, y otras tantas me he visto obligado á arrojarla: aquello es monstruo de cien cabezas, y no hay sendas por donde atacarlo. Confieso mi debilidad; soy presa de un sentimiento cristiano: al imaginarme al pobre esclavo, débil, humilde, caído, aplastado bajo la codicia de los poderosos, mi alma sufre agonías de dolor, y perturbada mi

razon, me incapacita para coordinar las ideas.

Pero hoy no voy á hablar de mi cuenta; voy á hacerlo bajo la garantía de firmas irrecusables: ¿habrá español que no se incline respetuoso ante estas firmas? Leedlas: Pi y Margall, Ruiz de Quevedo, Labra, Gabriel Rodríguez, Sanromá, Eduardo Chao, Félix Bona, Luis Vidart, Eduardo Benot, Rafael Cervera, etc., etc.

Esas firmas garantizan la verdad de la existencia de abusos inauditos, de ilegalidades, de tropelías cometidas contra los tristes esclavos.

Sabe todo el mundo que, en principio, está abolida la esclavitud en Cuba, que los antiguos esclavos están por la intención de la ley bajo patronato, pero en vez de ejercer ese patronato en favor del esclavo, en vez de prepararlo á pasar sin trastornos á la vida libre, como aparentaban hacer creer que era el fin de la ley, sus inspiradores, los propietarios de esclavos hacen uso de todos los medios imaginables para sostener bajo su yugo á esos desastrosos, y aprovechar hasta la última gota de su sudor.

Uno de ellos cae enfermo; el patronato tiene el deber de asistirlo; sin embargo, le manda al hospital; la población se apiada de él; su amante esposa reúne por suscripción dinero bastante para emanciparle; deposita ese dinero según todas las formas legales; la ley de España le ha hecho, mediante esa condición, libre; vuelve al hospital á llevarle la fausta nueva; no encuentra á su esposo: el amo le ha sacado sigilosamente para venderlo á otro ingeniero. Reclama, llora, se retuerce los brazos con desesperación: no se le escucha.

Otro ha llegado á reunir dinero bastante para emanciparse, cree llevar con él su libertad; preséntase á depositarlo. Una firma sola bastará para que pase de bestia á hombre; sin embargo, esa firma no se pone; es preciso que siga siendo bestia, hay que extrujarlo más: ¿qué pretexto echar? que la moneda que trae no es oro de cuño viejo español, única que se le admite: «¡tu sangre sí que debe ser de viejo tirano español!» murmurará para sus adentros el desdichado esclavo.

La ley manda que no se separe á los esposos de las esposas, á los hijos de sus padres; y sin embargo, los dueños crueles, sin respeto á la ley, sin respeto á esos amorosos lazos, que deben conocer, porque también serán padres y esposos, arrancan á los hijos de los brazos de sus madres para venderlos.

Que no lloren, que no se quejen; el mísero esclavo no tiene derecho á abandonarse al sentimiento; eso puede robar horas al trabajo; quizá les espere tras el dolor moral, otro físico; quizá les espere el *cepo* y el *grillete*, infamantes instrumentos de tortura física, empleados para castigar faltas aquí en esta tierra española, de que se vociferara es parte Cuba, donde al más criminal no se le somete á penas corporales.

Con tales instrumentos de castigo, ¿cuál será el esclavo que, aun rebosando derecho, se atreva á quejarse de sus dueños, ni á un quíza á reclamar su libertad en los casos que la ley se le concede? Sin embargo, en un momento de resolución, ha encontrado un papel, ha escrito una demanda ó reclamación de derecho: presenta su instancia, y no es admitida; ¿por qué? porque no va escrita en papel de oficio: la ley no exige, sin embargo, que sea en esta clase de papel: tacañerías, ruindades, criterio negro para interpretar una ley llamada de libertad, hecha por blancos.

¿Pero es posible que todo eso suceda? ¿dirán muchas personas. ¿No tiene España allí autoridades que ventilen estos asuntos y hagan cumplir la ley? ¿No hay tribunales imparciales para resolver estos casos?

Tribunales hay, y ¡ojalá no los hubiera! llámanse Juntas de Patronato. ¿Sabe el público por quién están compuestas esas Juntas? Pues por propietarios de esclavos. «Señor, han clamado estos desgraciados al gobernador general de la isla; señor, que se nos priva del derecho de ser representados por almas generosas que quieren defendernos, que se nos oponen testigos falsos que son servidores y amigos de nuestros explotadores, que se nos presentan documentos falsos que no podemos recusar; que nuestros jueces son nuestros mismos enemigos.» ¿Sabeis lo que se les ha contestado? Pues «que no puedan ser recusados los individuos de las Juntas, aun cuando sean parte en la causa de que se trate.

Después de esto, no se puede continuar; semejante declaración, por más que tan-

ga todo el derecho escrito que se quiera la autoridad que la suscribe es, ante la ciencia del derecho, ante la civilización moderna y ante el juicio de toda conciencia justa, una monstruosidad espantable. Contra un perro no se consiente cosa semejante: cuando se ve venir airado al amo á maltratarlo, se ponen instintivamente de por medio los que lo ven, para evitarlo. Entregar su presa al enemigo, eso no se hace en ninguna parte donde hay un rayo de civilización.

Todo esto y más consta al Sr. Nuñez de Arce, sin que la Sociedad Abolicionista haya tenido necesidad de decirselo. Si pues fuera poeta, no podría dormir, ni comer, ni moverse, ni estar quieto; su corazón debía hallarse estremecido de continuo, oyendo los ayes desgarradores de la esposa, á quien arrebataban á su esposo enfermo de sus brazos, después que, confiada en la justicia de España, creía tenerle ya á su lado libre; y en su fantasía debía estar pintada sin cesar la pobre esclava cuyo hijo acaban de apartar de su lado, dirigiéndole sus brazos suplicantes, pidiéndole justicia, arrasados los ojos en lágrimas y lanzando gritos de desesperación; y su dignidad de hombre y de hijo de esta noble España se sentiría cada instante ofendida imaginando que era el superior jerárquico de los que hacían respetar una ley, en que á un sér humano, sin siquiera haber cometido delito, se le somete á penas degradantes y crueles, como las del *cepo* y *grillete*, que aquí, en nuestra tierra, no se imponen ya ni á los condenados á la impía pena de muerte.

Y al ver esto, y al contemplar esto, y al sentir esto, es imposible que una chispa de su genio no prendiera el fondo de su alma, y la pusiera en conmoción para hacer algo pronto, rápido, con que acabar con tanta miseria, tanta injusticia y tanta vergüenza. Entonces se le hubiera ocurrido, es posible, encarrarse en su despacho, prohibir terminantemente que nadie le importunase con miserables menducías de tramitación de expedientes, y allí solo, con sus sentimientos y el fuego de su fantasía, y la grandeza de su alma, y el aliento que le prestase la gran causa que le movía, escribiera una *odaleya*, mandando que por nunca jamás se consintiera ni esclavitud, ni patronato, ni nada que semejase servidumbre en la honrada tierra española, so pena de soterrar bajo inmundicia á quien la infringiese.

¿Puede dudar de que no habría *Grito de combate* que hiriera á sus conciudadanos como esa oda, y que bastaría leerla en el Parlamento para que fuese votada por aclamación y transmitida instantáneamente por telégrafo á Cuba? El viejo español educado por despotas fué tirano; el español de hoy deja espaciar su alma generosa en el ambiente de la libertad y emancipación; a sus esclavos con deleite, como lo hizo en Puerto-Rico. ¿Es que en Cuba todavía flotan las sombras de la España despótica! ¿Es que hay más distancia moral entre ella y nosotros, que leguas en el Océano que nos separa! Si las Cámaras españolas votaban por aclamación la odaleya de Nuñez de Arce.

¡Ley salvadora para la patria, que llevarla con la libertad, la fuerza para contener todo asomo de insurrección! Esa ley, inspirada en un generoso arranque de amor humano, que preludiaría el ingreso franco y abierto de nuestra política colonial en las vías de la civilización moderna, llevaría al corazón de los esclavos, que la aprenderían de seguro de memoria, la convicción de que por intereses personales, por agradecimiento, por legítimo orgullo, debían quedar fieles por siempre á esta España de fondo generoso. ¿Qué bayonetas tienen esta fuerza que llevan la justicia, la generosidad y la hermosura á las almas?

¿No es ésta la forma de llegar al resultado? ¿Le parece demasiado disonante esa manera de legislar, con la rutinaria, del Estado, que coetanea, sin embargo, la ópera italiana, y tolera al Castelar de estos últimos tiempos hacer invocación á la patria, con los ojos puestos en blanco, sin otro objeto de que se pierdan sus palabras por los ventiladores del Congreso? Pues elija otra que nos lleve al mismo fin.

Si no, seguiré diciendo, como hoy afirmo ante hechos irrecusables para mis facultades lógicas, que calumnian á Nuñez de Arce los que vienen llamándole poeta.

DEMÓFILO.

La guerra.

Nunca se había levantado Juan tan alegre como aquel día. Apenas rayaba el alba, cuando echó á andar el molino, bajo cuya pesada piedra, en dos horas quedaron convertidas en finísima harina las tres fanegas de rubio trigo á la mano. Mientras rodaba la piedra, canturreando el mozo una especie de zorzico, echó un buen pienso de cebada á su borrica parda, que al verle entrar en la cuadra con la criba en la mano, enderezó las orejas, agitó vivamente la cola, pateó con impaciencia, y lanzó un prolongado rebuzno de satisfacción.

Juan le acarició y la sirvió el pienso, alentándola con algunas palabras cariñosas á comer bien, para estar dispuesta á trotar y recorrer en una hora el camino de M., donde se celebraba, como todos los juéves, un concurrido mercado.

Interin que el agua hacía girar con estruendo el pesado artefacto, y la borrica con diente voraz rumiaba la cebada, Juan subió la rústica escalera que conducía á la habitación alta del molino, abrió una ventana, miró el espléndido cielo azul, donde se alzaba brillante un sol primaveral, y una sonrisa franca y prolongada de sus sonrosados labios, tradujo la alegría de su alma, acariciada por risueñas esperanzas.

La mirada de sus grandes y rasgados ojos negros buscó en el horizonte una loma lejana, y en aquella loma un recuesto, donde, entre la neblina de la mañana, se divisaban las torres cuadradas y macizas de una antigua y desamparada fortaleza morisca. Alrededor de aquel viejo castillo se espaciaba un pueblo bastante grande, que indudablemente debía ser el término del proyectado viaje de Juan, y el lugar que su alegría causaba y porque suspiraba su sonrisa, probablemente una mujer que, como él joven y bella, había de concurrir al mercado.

Sospechamos de una mujer, porque sólo cuando el recuerdo de una mujer anima el corazón del hombre, emplea éste, aun siendo rústico y pobre, el cuidado, la diligencia y el esmero que Juan empleó en lavarse y vestirse después de retirarse de la ventana. ¡Cosa inaudita! Hasta revolvió el molino en busca de jabón, y topando con un trozo en figura de cuña, que de lavar le había sobrado aquella semana á su madre, se embadurnó con él toda la cabeza, sufriendo con paciencia el picor correspondiente, compensado por la satisfacción, con sus puntas y ribetes de vanidad, que sintió luego al mirarse en su espejillo redondo, forrado en hoja de lata, y contemplar el sonrosado color de su piel, que respiraba salud y lozanía. Encasquetose después su pantalón de paño pardo, su chaleco de algodón, puntado con botones de metal amarillo de larga asa, su chaquetilla corta, del mismo paño que el pantalón, y se rodeó con cierta gracia una larga faja negra á la cintura. No sin cierta contrariedad dobló los bajos del pantalón y las mangas de la chaqueta, porque eran sumamente largos, hechos de propósito así por un sastre campesino, con intención de que las prendas sirvieran cuando Juan creciese todo lo que era de esperar.

Porque nuestro mozo, aunque fornido y vigoroso, aún no se había evidentemente desarrollado por completo: tendría, á lo más diez y nueve años, y la pobre madre, previsora al hacerle el traje de los días de fiesta, había encargado repetidamente que por Dios se lo hicieran un poco largo, porque su Juan tenía que crecer por aquel tiempo, como le había pasado á u difunto padre.

La infeliz viuda, que gracias á su Juan había podido, al perder hacia cinco años á su marido, seguir con el molino, único medio de subsistencia para los dos, dormía en una habitación contigua á las en que Juan hacía lo que pudieran llamar su rústico tocado. El ruido del molino, el rebuzno de la burra, la costumbre y el canturreo de su hijo, la despertaron fácil y suavemente. Levantose alegre al ver alegre á su hijo, le miró encantada á contemplarle tan hermoso, tan joven y tan arreglado, y comenzó á hablar con él mientras le disponía el almuerzo.

«¿Cuántas cosas le dijí y con qué amor y con qué entusiasmo le miraba al hablarle, al compás del chisporroteo de la lumbré que se encendía, é del torrezno al caer en el herviente aceite de la sarten! Le encargó unas cuantas chucherías, indicándole el precio y la tienda de la villa donde las hallaría. Le encomendó la economía y la necesidad de vender la harina para salir de tales y cuales apurillos. A

todo esto, ponía en un pan blanco una succulenta tortilla, y mézclalo en la alforja. El hijo la miraba á su vez con gozo, y la hablaba con entusiasmo.

Después de almorzar, Juan recogió la harina, llenó con ella un costal, puso éste sobre la borrica, ya aparejada, y cortó una vara de mimbre del caz del molino, á la cual, con una navajilla, quitó todas las hojas, menos las de la punta, que asemejaban un penacho. Hechos todos estos preparativos, al ir á montar, la madre le dijo:

—No dejes de ver á tu tío Pedro, y darle muchas expresiones de mpa rte. Seguramente irá al mercado con su sobrina Petronila. ¡Ah! continuó mirando á su hijo con maliciosa expresión, y dando á sus palabras cierto retintín: á Petronila, díla que la quiero mucho, y que me alegraría que viniera con tu tío Pedro á pasar aquí el domingo.

Al oír el nombre de Petronila, Juan se puso encarnado como un pavo, y en vez de contestar á su madre, saltó con agilidad sobre la borrica, y mirando á la vieja con cariñosa expresión, echó á andar diciendo:

—Adios, madre, hasta la vuelta.
—Adios, Juan; que estés aquí para las oraciones.

En las dos leguas del camino de herradura que Juan recorrió, ¿cuánto sintió, pensó y fantaseó! Su alma, joven y pura, rebosaba esa alegría sencilla que sólo existe en los campos. Mientras la borrica, trotando con rapidez, devoraba el camino, el mancebo hundía su mirada en el claro azul del cielo, y sobre aquel fragil é indistinto fundamento su alma, aunque rústica, meridional y soñadora, fabricaba un soberbio castillo.

Sobre aquel diáfano y trasparante lienzo, en que los ojos de la cara nada percibían, el alma de Juan se veía caminar asimismo por el camino que á la sazón llevaba, aunque en opuesto sentido. Veía su borrica, la misma borrica que ahora montaba, aunque más vieja, estropeada y perzosa, cargada con un costal de amarillo maíz, y se veía á él á pié detras de la borrica, ya hombre hecho, llevando un aradillo en la mano, dando vuelta al recodo del camino, desde donde se distinguía perfectamente el molino. Parábáse á contemplarle, y se deleitaba al encontrarle restaurado, aumentado, rodeado de buenas tapias, con una huerta chiquitina, pero muy bien cuidada, donde se ostentaban unos cuantos árboles frutales de tentado ras manzanas ó de incitantes peras. Del molino veía salir á encontrarle dos parejas: su anciana madre, con los cabellos completamente canos, llevando un niño rubio y colorado de la mano; y otra mujer, joven, rubia, bella y santa, con una niña colgada del robusto pecho. Oía las alegres voces con que todos cuatro le saludaban: veía al niño adelantarse á recibirle, á la anciana reprenderle, á la chiquitina suspender su lactancia, y á la joven madre mirarle sonriendo. Hasta el viejísimos perrazo mastín veía Juan que salía á recibirle, gruñendo sordamente y agitando las carranclas que rodeaban su cuello. Su dicha era completa al desatarse su atadajo y distribuir las chucherías que traía del mercado.

Con tal viveza sentía Juan los efectos de aquella gratísima visión, que ni veía ni oía. Llevaba entreabiertos los labios y fijos los ojos en el cielo. Por los labios, le penetraba en el pecho un aire embalsamado con los perfumes de la primavera, aire que dilataba sus pulmones y espoleaba su organismo. Por los ojos entraba en su espíritu el cielo que atentamente miraba. La tierra, el camino, la propia cabalgadura que montaba, no existían para él, ni las sentía sino de una manera vaga é inconsciente. Estaba, pudiera decirse, fuera del mundo presente á sus sentidos. Vivía adelantado unos cuantos años.

¿Quién no ha experimentado, á las primeras inspiraciones indistintas de esa musa sublime que se llama amor, éxtasis como el que á Juan dominaba? ¿Qué extraño, además, prescindiéndose en sus ensueños del triste mundo de la realidad, pues tan poco le conocía? Nacido y criado en el molino, situado á más de una legua de poblado de alguna significación, atado al trabajo desde la infancia, primero como ayuda indispensable al padre, después, muerto éste, como necesidad imprescindible de la madre y de sí propio, el mundo, con sus alegrías y dolores, sólo había llegado al alma de Juan como un eco vago, apenas perceptible. Excepto la dominical visita de su tío Pedro, pobre labrador que habitaba una aldea cercana, y á quien solía acompañar Petronila, jó-

El paisaje que labra, la mujer que atreve su casa, el magistrado que desempeña sus funciones, el obrero que trabaja, hacen una obra tan santa como el mundo que ora y ayuna.—López.

Desde la India hasta la Francia el sol no ve más que una familia, inmensa que deba ser regida por la ley del amor. Mortales, todos sois hermanos.—Voltaire.

«Haz el bien por el bien. No emplees jamás la humanidad como un simple medio. Respálate como un fin.»—Rort.

«El hombre debe realizarse bajo Dios en armonía de la Naturaleza y el Espíritu en forma de voluntad racional y por el puro bien.»—Kant.

«Que la Verdad ostente todos sus esplendores en la tierra; que se desamparen los templos y caigan hechos polvo los tronos, y se soterran bajo el fango los adoradores del vellocino de oro: si se interponen en su camino, ¡paso, paso á la Verdad divina!—El Espíritu del siglo.»

ven huérfana de diez y siete años por entónces, rubia, bella, sencilla y candorosa, el molinero sólo había conocido tal cual zafío labrador de los que acudían á moler media fanegulla de álica ó centeno. Este trato y compañías, á su edad, no había podido suministrarle otras ideas que las de una pobreza universal, que obligaba á una lucha permanente de trabajo para mantener la existencia. Los montes circunvecinos barrearán en su imaginación el universo tangible; más allá su fantasía apenas vislumbraba séres cognoscibles. Su vida se había desenvuelto en una penumbra dolorosa: en esta penumbra percibía, sin embargo, un punto luminoso: Petronila.

Esta luz le deslumbraba á la sazón. Pensaba verla en el mercado á que se dirigía, hablarla, partir con ella la comida, invitarla de parte de su madre á pasar el domingo en el molino y ¡quién sabe! bailar con ella un momento, si tras el mercado el tamborilero, como por accidente sucedía, tocaba un rato en los soporales de la plaza. Y este pensamiento obsesionaba su espíritu, al punto de alucinarle con visiones de un porvenir deleitoso, en que, huída su alma, la privaba de energías para ver y oír lo que á su alrededor sucedía.

De otro modo, no hubieran podido éstos llamar poderosamente su atención los grupos de soldados que aquí y allá se divisaban en las lomas por entre las cuales caminaba. Un militar inteligente hubiera dicho en el acto que estos soldados marchaban á la vanguardia de algún ejército, descubriendo el país y haciendo requisas, porque caminaban despacio, miraban cautelosamente y parecían fijar en su memoria los menores detalles del terreno.

Habría ya dejado Juan á derecha é izquierda cuatro ó cinco grupos de soldados, cuando al volver un recodo topó con un sargento que al frente de ocho cazadores venía por el camino hondo que él recorría. El sargento y sus soldados andaban con más resolución que sus compañeros que se deslizaban por lo alto de las lomas, entre los sembrados de trigo y de lentejas, y también parecían más alegres y resueltos. Hablaban entre sí una lengua que Juan no hubiera podido entender, aunque no hubiese ido tan distraído en sus ensueños, distracción tan grande, que sólo volvió en sí cuando en voz estentórea, á cuatro pasos de distancia, le gritó el sargento:

—¡Eh, paisano! ¿A dónde se va?

(Se continuará.)

RAMON CHÍES.

La prostitucion.

SEÑORA DOÑA JULIA HELWIG

Respetable señora: Pertenecer á círculo nobiliario, llevar un apellido ilustre, poseer no escasa fortuna, vivir rodeada de comodidades, satisfacciones y dichas, y todo esto ponerlo con entusiasmo y fe al servicio de santa y noble causa, y de empresa tan humanitaria y grande como la que está llevando á cabo la *Federación Británica Internacional contra la prostitucion*, es digno de quien, como V., reúne, á más de tan distinguidas circunstancias, un talento esclarecido, un corazón generoso y un alma en la que palpitan unidos los más bellos pensamientos y las más hermosas concepciones.

La empresa es atrevida y ruda; pero cuando la alientan y la impulsan damas notables por su posición y su saber, no puede dudarse de la seguridad del éxito y de que muy pronto gran número de mujeres que, merced á diferentes causas, cayeron en la sentina del vicio, podrán rehabilitarse, salir del fango de sus miserias y volver á la vida honrada á la existencia de la familia, para ser buenas esposas y mejores madres.

Mucho se ha escrito acerca del importantísimo problema de prostitucion, problema que á las almas débiles y á los entendimientos cretinos asusta, y al que sólo miran serenos y de frente los espíritus fuertes, y rectos y las inteligencias verdaderamente ilustradas. De mí sé decir que desesperaba ya de que se consiguiera algo bueno, útil y práctico, cuando vino á alentarme y darme risueña esperanza la conferencia que sobre tan vital cuestion dió hace poco tiempo, en el Fomento de las Artes, el reputado orador D. Rafael Marfía de Labra; conferencia en verdad brillante y profunda, que impresionó á cuantos la escucharon, y que ha alcanzado, y esto es lo más práctico, gran resonancia.

Triste es la historia de esa calamidad que pesa sobre los pueblos cultos, siendo, digámoslo así, una de las manchas que más afean á las sociedades! Es casi tan antigua como la humanidad; según las épocas y los países, ha afectado éstas ó las otras formas, pero siempre ha existido.

¿Qué es sino prostitucion lo que se lee en la Biblia, cap. XXXVIII del *Génesis*? En Roma y Grecia se desarrolló en la antigüedad de una manera terrible, y estos dos pueblos, pretendiendo contenerla, la reglamentaron primero y la explotaron despues: los romanos, como impuesto lucrativo; los griegos, más prudentes y sabios, como escudo que defendiese á las mujeres honradas de los atentados de los hombres viciosos.

El mismo Solon, fundando un *Dicterion*,

sancionó la triste necesidad de cierta clase de mujeres: las esclavas compradas y sostenidas por el Estado, fueron como un tributo impuesto al vicio de los atenienses.

Ha dicho un ilustre escritor que «para que la mujer digna sea respetada, necesita la sociedad la tolerancia de la mujer mundana; y ésta es la causa de que, así los antiguos como los modernos legisladores, la ley civil y la ley canónica, en una palabra, el Estado y la Iglesia, hayan tolerado, consentido y aun reglamentado la prostitucion.»

Más yo opino que si la mujer mundana es un factor necesario en las sociedades, no es, ni mucho menos, necesario ese estigma, ese *inri*, esa marca ignominiosa con la que se la señala; marca que nunca se borra, *inri* que la escarnece doquiera que va, estigma indeleble que no las permite rehabilitarse, y la fuerza á no redimirse, empujándola más y más en su camino de abyeccion, para que al fin concluya como criatura envilecida de corazón y de conciencia, cuando, como ocurre con la generalidad, sólo se degradó por hambre ó por abandono.

La sociedad, arrojando de su seno á tan desgraciadas mujeres, es despiadada é injusta, y los Gobiernos, muchos de cuyos actos son el resultado de las exigencias sociales, son más injustos todavía reglamentando el vicio y proscrubiendo á la infeliz ramera con la infamante cartilla que con tanto ardor y fundamento condena la citada *Federación Británica Internacional*.

Si, como aseguran algunos moralistas de oficio y ciertos legisladores vulgares, no se explota como impuesto ese documento afrentoso, en cambio, respecto á otros efectos, resulta casi siempre ineficaz; es más, la livandad, que de otra suerte se mostraría con ciertas apariencias de decencia, una vez reglamentada, se rebela cínica y audaz, insolente y provocativa: la cartilla es su patente, la contribucion el pago que autoriza á ejercer tan repugnante comercio: la ramera reglamentada es un contribuyente más, que enseña con descaro el recibo del impuesto que paga; así resulta que la ley es inmoral, porque no sólo fomenta, sino porque se cobra del vicio.

Y luego, si se buscan el origen y las principales causas de la prostitucion en la mujer, resulta más odiosa su reglamentacion y más abominable la persecucion, siempre desvergonzada y sañuda, de la policía, contra infelices que no cometen otro delito que el de vivir á costa de lo único que poseen. ¡Ah! No: no es el vicio desenfrenado, ni el afañ de lujo, ni la holgazanería; lo que, cual se pretende por muchos, en particular por los neo-católicos, impulsa al mayor número de esas desgraciadas en el camino de su degradacion, sino el abandono, la desesperacion, en muchas la perversion prematura del instinto, en las más las privaciones, la miseria y el hambre.

Cuando á muchas de esas mujeres, que á cambio de un jiron de su honra llevan pan á sus padres desvalidos, ó á sus hijos, ó á sus hermanos inermes, cuando las veo objeto de burla y de chacota de libertinos vulgares y de gentes que se llaman religiosas y arrojadas al arroyo por damas de opulenta ó desahogada posicion, quizás más pecadoras que aquéllas, y perseguidas por la policía, como jabalí por jauría de perros hambrientos, entónces, rebosándome el alma indignacion, no puedo menos de exclamar: ¡esto no es cristiano! ¡Esto es inmoral! ¡Esto es infame! La alta sociedad, fuerza es confesarlo, que hace ya largos siglos marcha al frente del libertinaje, presidiendo el pecado, como dice Bossuet, es la que más flagela y menosprecia á esas desventuradas, que bien podrían gritar: «¡Ay si las hijas de la aristocracia tuvieran hambre!»

La generalidad de las gentes, esos mismos que, poseídos de santa indignacion, protestan contar las hijas del vicio, reclamando á grito herido su reglamentacion, ó la dureza de un castigo casi siempre ineficaz, no ven en el mayor número de esas mujeres la viuda desvalida, la huérfana abandonada, la madre sin pan para sus hijos, la jóven arrojada por infame mano en el albor de su adolescencia, al lupanar: criaturas que aceptan por necesidad una depravacion que rechazan su naturaleza, su sensibilidad, y, más que todo, su pasividad ingénita.

Es verdad inconcusa que la prostitucion no podrá jamás extirparse en absoluto; pero está fuera de duda que puede disminuirse notablemente, si se moralizan las costumbres, si se combate enérgicamente la ignorancia, si á tantos desheredados se les proporciona fácil acceso á la vida común, y, sobre todo, si el Estado, que debe ser paternal, y no tirano, decreta para siempre la supresion de esa reglamentacion indigna, que, mírese como se quiera, es odiosa, porque, despues de todo, ella es la garantía del lupanar y el impuesto del vicio.

Trátase tambien de que la mujer pública, que acaso lo es sólo por breves y aun así dolorosos dias, pueda rehabilitarse. Mas ¿cómo puede hacerlo en tiempo alguno, una vez inscrita en infamante registro? Yo lo he dicho repetidas veces; su rehabilitacion es ya imposible; inscrita en el registro, siempre será delincuente, ó cuando menos sospechosa; esas Magdaleanas ya no se redimen; Cristo quiso hacerlas, y pudo; la sociedad puede, y no quiere.

Pero la sociedad actual, menos egoísta

é indiferente de lo que se afirma por los pesimistas; esta sociedad que tiene por lema progreso, libertad y libre pensamiento, se convencerá al fin de esa necesidad imperiosa, de esa justicia que la dignidad de la mujer y la propia grandeza del hombre reclama: que no en balde la humanidad camina al mejoramiento de sus destinos, y no inútilmente se fundan y se desarrollan potentes sociedades como la *Federación Británica Internacional contra la prostitucion*.

Magnífico, hermoso, sublime lema el que V., señora, inscribe en su bandera: caridad, proteccion, moral positiva, educacion, instruccion, mejoramiento de las condiciones económicas y sociales; trabajo, fuente inagotable de bienestar, y ante todo y sobre todo, guerra sin tregua á esa prostitucion reglamentada, que resulta más inmoral, que autoriza la arbitrariedad, que hace á la mujer víctima de la brutalidad de los hombres, la convierte en mercancía que explota la avaricia de mercetrices infames, y la reduce á una última y degradante forma de esclavitud, impidiendo su rehabilitacion.

Tan humanitaria y grande empresa recabaré la adhesion de todas las almas honradas, y V., señora, así como cuantas damas prestan su valioso concurso á la *Federación Británica Internacional*, tendrán los votos de infinitos corazones, que siempre las recordarán con respeto y agradecimiento.

R. VEGA ARMENTERO.

MEMORIAS DE UN CLÉRIGO POBRE

III

Si deficiente y absurda era la educacion, no era más completa y racional la instruccion. Esto comprendía algo de cada cosa, y nada acabado y perfecto. De las Humanidades sólo se estudiaba el latin y ligeros elementos de retórica. Las matemáticas, la física y la historia natural eran una risible parodia, lecciones alteradas dadas por maestros seglares, (porque no se hallaba un clérigo capaz de tal instruccion), á quienes se encargaba que no *apretasen mucho* (esta era la frase), porque no se hacía falta el tiempo para cosas más importantes. La Historia, que nos enseñaba un clérigo atrabiliario y adusto, que parecía proponerse hacerla odiosa, y lo conseguía muy bien, era un tejido incoherente de narraciones falsificadas, y de intencionadas omisiones, sazonado todo con la más absurda crítica, y sin apartarse jamas de estos axiomas: *La humanidad, si Cristo no hubiera tomado su forma, es lo más monstruoso de la creacion. El único bien de este mundo es Cristo y su Iglesia*.

Estas mistificaciones obedecían á un sistema que tenía por objeto hacernos aborrecer todo lo racional y natural, para engolfarnos en un mundo ilusorio, donde la razon era vilipendiada; y éste, y no otro, era el *desideratum* de la filosofía (de algun modo la he de llamar) que nos enseñaban. Creerá el lector que los estudios filosóficos en que empleábamos tres años, conducían á ilustrarnos en tan vasta ciencia, por el estudio concienzudo de los autores y sus opiniones, de todos los sistemas antiguos, modernos y novísimos, y por la consideracion y el examen de las cuestiones filosóficas palpitantes. Nada menos que eso: ¡y cómo podía ser, cuando nos faltaban los conocimientos preparatorios? ¿Qué sabíamos nosotros de gramática general, de física ó de matemáticas? Lo mismo que de fisiología ó historia natural: nada.

Por otra parte, estos conocimientos no entraban por mucho en la filosofía católica, reducida á sostener que la filosofía es la *criada* de la teología, que la razon humana, no ilustrada por la revelacion podía conocer muy poco de la verdad, y era ademas la calamidad mayor con que se halla affligida la humanidad: todo lo que no fuese revelacion, era absurdo. Por eso era inútil que conociéramos las obras de los grandes filósofos, óuviésemos idea exacta de éstos; era mejor que tuviésemos á Pitágoras por un simple matemático, á Platon por iluso y á Epicuro por un grosero ignorante y materialista. Sólo Aristóteles había alcanzado el *summum* á que puede llegar por sí sola la razon humana, y para eso afirmaba nuestro catequítico que era probable que el Espíritu-Santo fuera cómplice de tanta sabiduría, por sus fines particulares. Para los filósofos modernos, fuera de Prisco Sanseverino ó Santo Tomas, la Iglesia no tiene más que odio, y eso nos enseñaba. Condillac, Locke y Kant eran ideólogos estrafalarios, y Espinosa un ateo aborrecible; pero donde la bílis sacerdotal se cebaba furiosa era en Descartes (nosotros le conocíamos por *Cartesius*); éste tenía la culpa de todo cuanto hoy sucede, y le odiábamos con toda nuestra alma. Para Krause, Schopenhauer, Strauss y Schelling no había palabras bastante denigrantes; Darwin era un infame que sostenía las prerogativas del orangután, y estaba muy por debajo de él en dignidad; así sucesivamente. Pero yo conocer los sistemas de estos señores, ó siquiera el nombre de sus obras? No estaba el tiempo para perderlo; bastaba con citar estos nombres, y otros más respetables, sólo para maldecirlos. Nosotros pensábamos con Santo Tomas, Suarez y Liberatore; todo lo demás era ocioso, y por no conocer, ni aún conociamos los nombres de los modernos filósofos católicos que más han brillado. La metafísica y la ontología se

reducían á definiciones, y más definiciones, explanadas por una argumentacion escolástica de lo más indigesto; de la lógica sólo nos quedaban fórmulas, el eterno y absurdo *barbara baralipon*, con el que se pretendía dar al pensamiento leyes inmutables, y sólo se conseguía acostumbrarnos á un procedimiento por el cual la verdad y el error son igualmente aceptables. Con la lógica escolástica se fabrican verdades lo mismo que desatinos; todo es saber manejar los *ergos* y *distingos*. La filosofía moral es muy breve: insistir mucho en que sin religion no hay sociedad; que el Estado debe defender á la Iglesia, y que el absolutismo es el único sistema político racional; todos los demás problemas morales quedaban para más adelante. Esta es, pues, la filosofía que se aprende en los seminarios. Cuando salí de tal estudio, mi espíritu abarcaba un horizonte limitadísimo, y estaba aplastado bajo el peso de la rutina.

No quiero pasar en silencio una cosa digna de mencion. Las asignaturas que se estudiaban en más de un curso, estaban á cargo de un solo profesor, mal retribuido, como todos, y que por sus ocupaciones eclesiásticas no podía asistir á clase dos veces al dia, cuyo inconveniente resolvía empezando la asignatura en un curso y continuando los sucesivos sin interrupcion. El infeliz alumno á quien correspondía empezar cuando ya el maestro explicaba el fin de su cometido, entraba, como entré yo, por el coronamiento del edificio, visitando sus cimientos el último año. ¡No le parece al lector muy divertido examinar á un jóven de ética y teodicea, cuando no ha estudiado dialéctica ni metafísica? Pues lo mismo ocurría con las ciencias teológicas, y con todo lo demás; aunque, por compensacion, la biblioteca era escasa, y sólo contenía antiguos infolios, procedentes de los conventos, no las obras modernas de gran valor; y si alguna había, estaba sólo á disposicion de los profesores. Tampoco había gabinete de física ni de historia natural; se contaban pocos y malos mapas, y una esfera desvencijada: éste era el material del establecimiento, y con tan excelente preparacion, comencé yo el primer curso; digo mal, el tercero de las ciencias teológicas.

Poco diré de ellas. Yo creía, como me había enseñado mi padre, y como creen todos los cristianos, que las ciencias eclesiásticas resuelven todas las dudas y demuestran palpablemente todas las enseñanzas de la religion, no dejando sin demostracion más que los llamados misterios; y creía yo que al menos se probaría que habían sido enseñados como tales por Dios. ¡Error profundo y lamentable! La teología no resuelve nada, presenta en proposiciones su doctrina, la desenvuelve con la exégesis más absurda imaginable, entabla luego una polémica ó serie de argumentos, cuyas soluciones están ya hechas, y cuyas bases no pueden ser más débiles; así y todo, no logra encubrir un inmenso cúmulo de enormes contradicciones, que explica cándidamente, y de este modo llega como puede á las apetecidas conclusiones, sin haber demostrado la verdad del fundamento de sus teorías. El procedimiento de que hoy se valen en los seminarios es el escolástico, un tanto degenerado, *ergos* y *distingos*, concedo y niego, pase la mayor, *minime* la menor; la barbarie, en fin, del pensamiento, la lógica aristotélica corrompida, aplicada á todo. Pero muy bien se guardan de enseñar la teología comparada con las teogonías antiguas indias, egipcias ó griegas, las cuales sólo se nombran como de paso. La historia de los cultos queda en la oscuridad, y la misma historia de la Iglesia se presenta tan desfigurada y tan despojada de cuanto remotamente pudiera perjudicar al fin deseado, cual si un ministerial político hiciese la historia del Gobierno que le dió el empleo.

(Se continuará.)

CONSTANCIO MIRALTA,
presbítero.

NOTAS DE ESTUDIO SOBRE LA SANTA BIBLIA

IX

Trataré de acabar en este artículo con la historia de José y con el examen del *Génesis*, que advierto se va haciendo pesado. Aunque, bien meditadas las cosas, la pesadez tal vez proceda más del asunto que de mi gusto. Ninguna necesidad tiene, á mi entender, ninguna persona nacida ni por nacer, para vivir justa, honrada y religiosamente, de saber al por menudo, como en este libro se cuentan, historietas tan fabulosas como inmorales. Mas, contra esta opinion, mantienen los católicos, lo mismo que los protestantes y judíos, for al verdadero conocimiento de Dios: es fuerza escucharse las escrituras sagradas; y ya que á ello me he expuesto, voy á escucharlas hasta en sus senos más recónditos, patentizando á todo espíritu libre y reflexivo la verdad de nuestro aserto: esto es, que la Biblia es un libro desprovisto por completo de verdad como historia, de método como narracion, de análisis como filosofía, en el cual ningun conocimiento sólido encontramos acerca de la divinidad, ni descubrimos reglas ciertas y universales de moral privada ó pública, sino por acaso y en limitadísimos pasajes, que tendré gran cuidado en pepar de relieve á la admiracion y respeto del lector, como los tengo puestos á la mia propia: que lo bueno y justo admiran y respeto merece, está ó no está en la Biblia consignado, y aunque en ésta se enouentren rodeado de circunstancias falsas

de toda falsedad, y de toda imposibilidad imposibles.

Digo, pues, volviendo á mi cuento (digo, al cuento de José), que despues de reprimir á sus hermanos por el robo de la copa y del dinero, bachillera que á estos traídos y llevados patriarcas les pone los pelos de punta, dado que no fueran calvos, les dice que, en castigo del hurto, se queda con Benjamin, el codiciado Benjaminito, afortunada criatura á quien todos en esta leyenda se disputan.

Judá, que debía ser el orador de la familia, toma la palabra y echa un discurso patético, pero completamente inoportuno, pues nos dice, palabra por palabra, todo lo que ya sabemos acerca de sus idas y venidas á Canaan y la fianza que han hecho de Benjamin.

José, que tantas trastadas ha jugado á sus hermanos, cree llegado el momento de comoverse, y, en efecto, llora y se da á conocer. Armase el natural jolgorio, y seguidamente José regala á sus hermanos vestidos, los llena de trigo y dinero, prepara carros, etc., y los mete gran prisa para que se vayan á Canaan á traerle al viejo Jacob y toda su gente. ¡Gracias á Dios! hay que exclamar al llegar á este versículo. ¡Gracias á Dios que ha salido el argumento! Por aquí se debía haber comenzado: todo lo demás huelga en este libro.

Jacob viene con todos los suyos, que son sesenta y seis personas, á Egipto, y por influencia de José, le permite el Faraon reinante, que no se dice si quiera á qué dinastía pertenecía, establecerse en la tierra de Gosen. Establécense, pues, sesenta y seis israelitas, más José y dos hijos suyos, que hacen sesenta y nueve para cualquier matemático y setenta para el *Génesis*. En un tiempo que no se determina ni es posible determinar con rigor, en una tierra de que se hacen muchas exageraciones, pero que no pasa de ser muy mediana, en las cercanías de Suez, y esto como pastores, por favor de los egipcios y en época de hambre para Canaan.

Y hé aquí, para mí, la única verdad que contiene el *Génesis*: que los miseros israelitas, familia pastoril que vagaba por las orillas del Jordán, sea como esclava, por un hecho de guerra, sea hostigada por el hambre, si vale algo esta tradicion, se establece á la vecindad del poderoso é inteligente pueblo egipcio, al que sirve y del que aprende. Cerrada por su carácter, y por sus ideas religiosas particularísimas, á la influencia egipcia, prospera en gentes en el transcurso de los siglos. Llego un dia que se escapa, guiada por un hombre superior, y conserva de estos años de esclavitud un indeleble recuerdo. La imaginacion popular, en este transcurso de siglos de esclavitud, forja fábulas acerca de su venida al lugar del cautiverio de sus primitivos ascendientes, y del origen de su desgracia, y todos estos cuentos poéticos, tradicionales, en la pluma de un escritor inteligente, se transforman en lo que acabo de examinar, que no puede ni debe tener ante la crítica más valor que los trabajos de Hércules, los héroes del sitio de Troya ó las aventuras de Telémaco, que nos relatan, muy convencidos, al parecer, de su autenticidad, los escritores más graves de la Grecia.

El capítulo antúltimo del *Génesis* es de oro para cerciorar á cualquier persona de buen juicio de lo que tengo dicho, negando que Moisés fuese su autor, así como tambien para dar su verdadero valor y significado á las palabras *profeta* y *profecía*, que tanto abundan en la Biblia.

Jacob, no hay duda, para los creyentes, fué profeta. Mas, generalmente, se le tiene por uno de tantos, y hay que decirlo muy alto, esto no puede consentirse. Yo, perdónese esta debilidad, no creo en los profetas, ni creo que haya habido jamás un hombre que haya previsto un acontecimiento futuro por otra gracia que la induccion racional, como se preven ahora los eclipses, sin que á nadie se le haya ocurrido llamar por esto á los astrónomos profetas. Pero para quien crea que ha habido profetas por inspiracion de Jehová, Jacob fué un profeta de tres pares de bemoles, y al lado de la suya, las profecías de Isaías, y las de Daniel, y las de Jonás, y las del mismísimo Jesus, hijo de Dios vivo, son profecías tamañas.

Jesus, según cuentan los Evangelios, predijo la ruina del templo de Jerusalem, que, en efecto, se arruinó al poco de su muerte, y que de todas maneras, como obra de piedra y madera, había forzosamente, más ó menos tarde, de arruinarse. ¿Qué vale esto para lo que hizo Jacob al tiempo de morir?

Reune sus hijos al rededor de su cama, de cuya hechura, por desgracia, la Biblia nada dice, y les declara lo que sucederá en los dias postreros. Postreros, ¿no son los últimos dias? ¡A cuáles, pues, se refiere?

Pues bien; el santo varon debía, por la vejez y el hambre pasada en Canaan, tener tan sutil la inteligencia, que á sus hijos les dice lo que le sucederá al pueblo que de ellos proceda cuatro siglos más tarde. Ya sabe que cada uno de ellos fundará su tribu; pero ¡qué digo? sabe ¡oh pasmo! que de estas tribus en estado de canuto, la tribu de Zabulon se establecerá á la orilla del mar; que la de Judá se erigirá en soberana de las otras, y que de ella saldrán los reyes; que la de Levi andará esparcida entre las demás y vivirá de gorra, quiero decir, del sacerdocio. Y así, en lenguaje poético y cabalístico, va punto por punto haciendo un resumen de los caracteres y habitaciones que ocuparán las tribus siglos adelante, despues de terribles guerras que durarán muchos años; resumen que debí costar poquísimos trabajos al autor del *Génesis* poner en boca de Jacob, acreditándose á sí propio de inocente al pretender pasarse su obra por obra de Moisés, que ni entró en Canaan, ni pudo saber los caracteres de esta tierra, ni su definitiva reparticion, ni que Judá no perdería el centro. Acreditó á la vez á Jacob de tan gran profeta, que, excediendo á todos los demás, puede decirse que llegó á la sublimidad del *camello*. Porque, ó se cree, ó no se cree. ¿Crees? Pues ya estás juzgado: para tí lo imposible no existe, y toda crítica es inútil. ¿No crees? El *Génesis* será para tí, como para mí, una poética explicacion del origen del mundo, totalmente absurda ante la ciencia, y ademas, una serie

de tradiciones del pueblo israelita, ni morales, ni bellas, por lo general, ni instructivas, ni conducentes al conocimiento del Sér Supremo; libro de valor puramente histórico-literario, trazado por una mano inteligente, en alguna de las reconstrucciones de Jerusalén, al frente de la legislación mosaica, con la intención altamente patriótica de restaurar en el pueblo hebreo la doctrina religiosa y la legislación civil que le dió vida y fortaleza, olvidada en luengos años de cautiverio. Sabios intérpretes suponen que esta mano fué la de Esdras, escriba, después del cautiverio de Babilonia. En su oportuno lugar examinaremos este punto interesante, y que se refiere, por igual que al Génesis, á varios otros libros de la Biblia.

EDUARDO DE RIOFRANCO.

LUZ Y SOMBRA

Acaba de publicarse un folleto sumamente interesante. Titúlase *El Sr. Pi Margall ante el partido republicano federal de España*. En este folleto, redactado por nuestro amigo el Sr. Sanchez Yago, se relatan con notable exactitud y detenimiento las gestiones hechas para la unificación del partido republicano federal; gestiones que se evidencian han fracasado desgraciadamente por la terquedad, difícil de explicar, del Sr. Pi Margall, y su empeño funesto de cerrarse á todo movimiento de coalición y á toda discusión seria sobre la teoría del pacto sinálgmatico, que, contradiciendo sus propias anteriores afirmaciones, sostiene por esencial á la federación.

De la comisión en cuyo nombre se publica el folleto es miembro el Sr. Chies, y por esto, y por la índole de nuestro semanario, nos abstenemos por hoy de más comentarios de este trabajo, esperando el juicio de la prensa acerca de él, y prometiendo volver acaso sobre esta cuestión con detenimiento, pues la consideramos de capital importancia para el partido federal y para el republicanismo todo de España.

Este folleto se halla de venta á dos reales en el Centro federal, Valverde, 10, en las principales librerías y en casa de D. Diego C. Romero, Jacometrezo, 61, á donde pueden dirigirse los pedidos para provincias. Llamamos vivamente la atención de nuestros amigos políticos sobre este folleto.

Es supino este clero católico. Se nos cuenta que cierto padre de familia dejó de cristianar, por motivos que no hacen al caso, á un hijo suyo durante algunos meses, y al presentarlo en la parroquia, para cumplir aquel precepto eclesiástico (pues el padre se dice católico), el cura se negó á bautizar al niño sin permiso de la Vicaría. El católico padre acude á ésta, donde le contestan que el señor párroco había hecho una majadería; pero que no había más remedio que pasar por ella y que era indispensable incoar expediente y justificar, mediante certificación facultativa, que la criatura había estado enferma.

Precisamente, no sabemos dónde, hemos leído estos días que el jefe de una tribu salvaje del Norte-América había sido bautizado por no sabemos qué obispo, ante cuyo hecho nos ocurre pensar: ¿se habrá exigido certificación á ese mozo de haber estado enfermo hasta ahora, para administrarle el sacramento bautismal?

¿Con que esos señores católicos envían misioneros á la China para conquistar al catolicismo á las granadas, y aquí no aceptan bautizar á los hijos de los católicos que se les presentan espontáneamente en la iglesia? ¡Si esto es tener sentido común, digal el Espíritu Santo y cualquiera de las otras Personas!

En la carta de Valladolid que en otro lugar publicamos, se lee:

«Sin embargo, todos los males tienen un término, y en esta época de exámenes, recorbran los profesores la salud perdida, acaso por gracia sobrenatural.

Los ejercicios de examen ocasionan trabajo y fatiga; en vez de una hora de explicación en la cátedra, hay que soportar cinco y seis horas de atención no interrumpida; á pesar de todo, el organismo, débil durante ocho meses, se fortalece cuando llega Junio; indudablemente, los exámenes proporcionan algo más que no son fatigas y penoso trabajo.»

¿Rara coincidencia! Lo mismo, idénticamente que en Valladolid, ha pasado en Madrid: el catedrático de Historia de España, de quien nos hemos ocupado más de una vez en Las Dominicales, alfiendo durante el curso, se ha presentado á formar parte de los tribunales de examen.

Celebramos su curación; pero más deberíamos ser ministros de Fomento ó directores de Instrucción pública, para proceder, ya que éstos no sirven para el caso.

El Sr. Portuondo, diputado, coronel de ingenieros, ha hecho un notable discurso en el Congreso, manifestando con ese motivo sus ideas republicanas.

Los periódicos conservadores aparentan asombrarse por esas declaraciones. Suponen que un militar no tiene derecho á llamarse republicano.

¿Dónde? ¿En qué ley está escrito este absurdo? Cuando los oficiales ingresan en las academias, se les exige examen de ideas políticas? El que ha hecho una carrera brillante, como el Sr. Portuondo, y da pruebas de hallarse mil codos por encima del mismo ministro de la Guerra en cuestiones de organización militar; el que se ha conquistado así, por sus propios méritos, una carrera y el derecho á una retribución del Estado, ¿no puede profesar públicamente aquellas ideas que estime mejores para su patria? ¿Vale á anular la conciencia y la razón en el militar? Pues si tiene ideas; si las lleva allí dentro de su inteligencia y las siente en su corazón, ¿no es vil, al que debe ser todo pundonor y honra, querer obligarle á ocultarlas? Aquí se parte del error gravísimo de que

los Gobiernos pagan al funcionario del Estado; no, es la patria quien paga á Gobiernos y funcionarios, y los paga para que sean justos y hagan respetar la Constitución, que prescribe que todo español tiene derecho á profesar públicamente sus ideas, sin distinción de militares ó paisanos.

Ha dicho el Sr. Martínez Campos en el Congreso:

«Extraña el Sr. Canalejas que en el ejército del Norte se obligue á los soldados á ir al sermón. Pues ha de saber S. S. que todos los sermones se pronuncian en vascuense, y los soldados desconocen esa lengua. De manera que si van al sermón es como si no fueran. (Risas.)»

Interprete el lector inteligente las palabras del Sr. Martínez Campos y las risas de los diputados.

No puede darse más desden hacia la Iglesia. Se llevan á ella bultos, no hombres.

La Cámara española es el reflejo de la España entera en punto á creencias católicas; sólo que no se atreven las gentes á decirlo con palabras silábicas, y lo hacen, por ejemplo, con risas.

Descifremos nosotros esas risas diciendo las cosas de religión, como venimos haciéndolo, en castellano neto. Importa para no despilfarrar cuantiosas sumas en sostener un culto en quien nadie cree y del que todos se burlan.

Hé aquí un hecho que viene á corroborar las atinadas consideraciones de nuestro colaborador «Un clérigo pobre» sobre la enseñanza en los seminarios, en las interesantísimas Memorias que estamos publicando: el arzobispo de Tarragona se ha visto obligado á disolver el seminario de aquella población, destituyendo á todos los profesores, y privando de las pensiones á cuantos seminaristas las disfrutaban.

¿De qué magnitud no serían los abusos, cuando el digno prelado se ha visto precisado á tomar tan enérgica y grave resolución!

En vano es, empero, que el señor arzobispo emplee toda su buena voluntad en querer corregir el mal al reorganizar el seminario según se propone para el próximo curso. La enseñanza muerta que en esos establecimientos recibe la juventud, la ausencia de espíritu educador, y los vicios ingénitos á la vida comunal, serán raíz perenne de corruptelas y disgustos. El primer osado que pase por las puertas del seminario, sublevará á los seminaristas contra el prelado, aprovechándose de la ignorancia en que, por la dirección que se da á su educación é instrucción, yacen.

Pero lo extraordinario aquí, es comparar la conducta de los prelados con la del Gobierno de Sagasta: aquellos disuelven los seminarios y anulan las gracias concedidas á los seminaristas, y éste suscribe el concederles gracias tan exorbitantes como la de exención del servicio militar.

«Pues (dirán los alumnos premiados en nuestras Universidades) si sus superiores en jerarquía académica castigan duramente á los seminaristas y tú, Gobierno, los concedes la gracia de estar exentos del servicio, ¿qué debes hacer conmigo, que soy premiado por mis superiores jerárquicos? Porque tan español soy como el seminarista, y cumplo mejor.»

Que conteste algun ministerial á este argumento.

En La Tribuna, correspondiente al día 15 del actual, leemos lo siguiente:

«Se nos da cuenta de un hecho acaecido uno de los últimos días en el Conservatorio de Música y Declamación, que por la gravedad que encierra se lo recomendamos muy especialmente al señor director de aquel establecimiento.

«Parece que al presentarse una señorita ante el tribunal para sufrir examen de prueba de curso, una repetidora de aquel centro de enseñanza la dirigió una injusta increpación, diciendo que le extrañaba que se presentara á examen cuando sabía que iba á ser reprobada.

«Tan duras frases produjeron el efecto natural; la señorita á la que se dirigían tuvo que retirarse indignada, y continúa enferma á causa del disgusto.

«Excitemos el celo del Sr. Arrieta para que ponga el debido correctivo á la autora de este desmán.»

Hemos salido del absolutismo político, y vamos entrando en el académico. Los pobres alumnos se encuentran en total desamparo. Si en el acto solemne del examen, y ocupando el puesto de juez, se llega á estas extralimitaciones manifiestas, porque no dá el reglamento derecho al profesor para decir á sus discípulos *a priori* si los aprobará ó reprobará, ¿qué no podrá ocurrir durante el curso en el secreto de la clase?

Más que de extensión de conocimientos, exigiríamos nosotros del aspirante al profesorado arte y buenas formas para hacerse entender y estimar de los alumnos. La enseñanza es una disciplina, y hay que excitar y promover la atención y el gusto del que estudia para que la reciba con el menor desagrado posible. Si esa repetidora ha procedido durante el curso de un modo análogo á como lo ha hecho en el acto del examen, es lo más probable que, en efecto, mereciera su disciplina ser reprobada, porque habría hecho sus estudios con bien poco entusiasmo.

Los profesores no debían olvidar nunca aquel bello precepto pedagógico de un revelador oriental de que: no es con malos tratamientos como se enseña la divina verdad.

Leemos en nuestro estimado colega La Correspondencia Militar:

«El Centro Militar ha colocado en sus oficinas al ex-teniente de caballería Sr. Gándara.

«Digno de aplauso es el acuerdo de la sociedad, y por él la felicitamos.

«Nada tan justo como que el Centro Militar contribuya á hacer más llevadera y tolerable la degradación de los que han dejado de pertenecer al ejército sin nota que los deshonra, en cuyo caso se encuentra el Sr. Gándara.

«Nos asociamos á los sentimientos de nuestro colega, aplaudiendo el acto del Centro Militar.»

Mirad lo que dice un clerical de provincias, rumiando algo de lo que escribimos en nuestro artículo *Los Gobiernos sacerdotales y los laicos*: «Los hombres de mandil (álude á los masones), como no pueden sufrir la luz, se reúnen en las sombras, por aquello de que quien anda en malos pasos, no quiere ser visto. Es el elemento de los buhos y de los endriagos, que cuadra perfectamente á los...»

Y á los cristianos primitivos, agregamos nosotros, cuando se reunían en las catacumbas para poder huir de los tiranos y decir: «ama á tu prójimo como á tí mismo, ama á los débiles, sé el padre de los pobres, parte con el hambriento tu pan, haz el bien por el bien, defende al oprimido, protege á la inocencia,» y otras palabras semejantes que repiten los masones, que están escritas en su Código, que puede leer ya todo el mundo, y de que hacen caso omiso y ocultan á sus lectores, arteramente, nefandos calumnias, como los difaman á la masonería, como los pagan los difamaban á los cristianos.

¿Que alguna vez ha blandido el puñal el mason? Es exacto. ¿Cuando? Cuando el despotismo y la infamia ostentaban su dominio absoluto por la tierra. Cuando, por ejemplo, entre nosotros, el degradado Fernando VII, rodeado de cuervos, sumía en los calabozos, á su vuelta á España, á los que le habían entregado una patria libre, regada con su sangre generosa, defendida con tesón heroico, mientras él, bajo y torpe, yacia prisionero del tirano á cuyos pies se había humillado. Entónces el mason no dejó alguna vez de afilar el puñal en las sombras, aunque supiera que le esperaban el patíbulo y las cadenas, para cumplir su juramento de ser «justo, valeroso, defensor del oprimido, protector de la inocencia, sin reparar en nada para prestar sus servicios.»

Pero hoy que tiene la libertad asegurada; hoy que no necesita del sacrificio de su tranquilidad y de su vida, ¿quién ve en nuestro pueblo á la masonería aguzar puñales?

Quien habla de relaciones de la masonería con la Mano Negra y con los incendios de Andalucía, pronuncia una calumnia execrable. Calumniar es, sí, deslizar, refiriéndose á la masonería, estos conceptos: «Ahi está si no la Mano Negra con su Blanco de Benaocaz y sus hermanos Corbachos, que nos enseñan sus caracteres de sangre, la igualdad, fraternidad y libertad al uso de los socios secretos... Seguramente se apagaron las hogueras, después de haber devastado y consumido el fuego bienes inmensos; díganlo Andalucía y Extremadura.»

Señor D. Práxedes Mateo Sagasta, presidente del Consejo, perseguidor de la Mano Negra: á V., que puede saber mejor que nadie la relación entre ambas sociedades, apelamos para que juzgue hasta dónde puede llevarse la calumnia. A los escritores españoles que tienen el deber de enterarse lo que son los hombres que gobiernan y saben lo público y lo secreto, apelamos, á la vez que á Sagasta.

Y para esto se coge la pluma en las manos y se es obrero de las ideas! ¡Para, siendo cristiano, escribir, fustigándose á sí propio, que los que se reúnen en las sombras lo hacen por aquello de que, quien anda en malos pasos, no quiere ser visto; cuando los primitivos cristianos tuvieron que vivir en las sombras varios siglos, como los buhos y los endriagos, no por andar en malos pasos, sino para amarse y ser justos; y para lanzar conceptos á todas luces calumniosos! ¡Desengañaos, clericales; la imprenta no se ha hecho para vosotros! Cambiad de oficio.

Nueva víctima. Nuestro colega El Cabecilla ha sido denunciado.

Lamentamos el percance.

Nuestro estimado colega El Liberal ha sido absuelto de su denuncia.

Sea enhorabuena.

Llamamos muy particularmente la atención de nuestros lectores acerca de las Memorias de un clérigo pobre, que viene publicando un presbítero en Las Dominicales. Es de oro el análisis que está haciendo de la enseñanza que reciben los destinados á representar, dicen, á Dios en la tierra.

Cuanto se interesen por la enseñanza laica, deben recoger cuidadosamente lo consignado en esas memorias, como preciosísimo dato para la defensa de sus ideales.

En cuanto á nosotros, nos consideramos dichosos con haber dado ocasión á que se pruebe, con datos fehacientes, que los dedicados á la carrera de la Iglesia son unos reprobos del mundo; porque se les condena á los desgraciados á vivir en las tinieblas, á familiarizarse con el error, á odiar sistemáticamente la verdad, á embotar y cegar aquello que más nos distingue del resto de los seres: la razón. Así marchan luégo maldiciendo y detestando á un mundo que no conocen.

Hay que redimirlos; hay que persistir en esa nobilísima empresa, querido presbítero, amigo nuestro, D. Constancio Miralta.

Un Clarín que canta claro: tal es el que hemos acaecido el jueves último. Está escrito por los amotinados, que ya no tenían espacio en su número del domingo para dar cabida á tanta flor mística como les envían de toda España.

Barruntamos que El Motín y El Clarín se convertirán al cabo en institución canónica, dado el efecto saludable que están operando en la moralización del clero.

Vida y pulmones, para sonar mucho, caro colega.

Nuestro estimado colega El Globo ha sido víctima en su denuncia; esto es, que ha sido condenado.

Paciencia; pero no dejar de barajar.

El ejército.

La política es una obra de arte. Surge una idea en el seno de la Humanidad; conciértanse varios hombres para vivirla: pues su deber es, si quieren dar cima á su empresa, pasear su mirada por el mundo que les circunda, divisar los elementos favorables y adversos, poner en movimiento aquéllos y levantar diques para contener á éstos; avanzar con los suyos y detener el paso de los contrarios: tal es hacer política.

Esto lo dejan de tener en cuenta políticos que militan más ó menos cerca de nuestro campo, y que persiguen, con corta diferencia, el ideal que nosotros perseguimos al mostrar una enemiga infundada en contra del ejército.

Los partidarios de los ideales nuevos tenemos una real y evidente oposición en la sociedad viva: la ignorancia, el fanatismo, intereses bastardos, se oponen á nuestro paso; si pues aspiramos á gobernar y á mantenernos entre esos elementos adversos, es indispensable, de todo punto indispensable, que contemos con una fuerza material. Esa fuerza material es el ejército. Y necesitamos más ejército que nuestros contrarios; porque los intereses pesan con su codicia todos los días y todas las horas, y son por eso más removedores y más conspiradores que las ideas nuevas, que, fiadas en su propia nobleza, descansan en la seguridad de su triunfo. Se comprende, por eso, que nuestros conservadores sean los más temibles adversarios en la oposición. No hay arma que no esgriman, escándalo que no promuevan, calumnia que no difundan; los suyos les aguijan día y noche: el interés no duerme nunca, mientras la idea sueña con frecuencia.

Para sostener nuestros ideales necesitamos, pues, del ejército: á él hemos debido nuestros más señalados triunfos; acordémonos, si no, de la Revolución. Sin Alcolea, pas de Révolution, chapurreándolo en francés, para que resalte el concepto.

¿A qué, pues, esa enemiga contra el ejército?

Proviene de un error; proviene de confundir al ejército moderno con el antiguo. La democracia no olvida que la tiranía monárquica se sostuvo por las bayonetas de los soldados, y mira al ejército con desconfianza; cree que el actual es lo mismo que el antiguo.

Los que así piensan, tienen los ojos vendados; no ven lo que es el ejército moderno en todos los pueblos, no ven lo que es nuestro propio ejército.

Los ejércitos modernos son las sociedades políticas mismas organizadas materialmente para sostener con la fuerza al Estado. Ahi está la Francia republicana, mantenida por las bayonetas de los soldados, como prueba saliente de nuestra tesis. Si hay algun pueblo como el nuestro, en que, por su atraso, la organización militar no corresponde á ese ideal, esto es sólo en parte. En la esencia, España misma, asienta por bases de su organización militar el principio de que el ejército es la sociedad organizada para cumplir el derecho en el caso en que haya que acudir á la fuerza material.

Pero además, sólo los políticos utopistas, sólo aquéllos que no ven el mundo que les rodea, pueden dejar de percibirse de que nuestro ejército, en sus más preciosos elementos, en esos que sirven de norma y dirección á los restantes, en los que representan la inteligencia, en suma, está identificado con ese nuevo concepto de la fuerza militar. Es preciso no leer periódicos militares; es preciso no oír lo que dicen ni leer lo que escriben nuestros oficiales más distinguidos, para dejar de estar seguros de esa verdad. Y ciertamente que se está dando, bajo este aspecto, un fenómeno digno de ser señalado á la atención pública: mientras hombres civiles, al hablar de cosas militares, parecen como que tienen empeño en remover aquellas antiguas disensiones entre paisanos y soldados, los militares no perdonan medio, cuando hablan ó escriben, de patentizar que quieren la más estrecha unión entre la nación y el ejército. Así, aquellos que tenían cierto orgullo de casta que les hacía considerarse como superiores en la sociedad, los que se esforzaban en mantener sus privilegios y tenían en menos al paisanaje, hoy son los más empeñados en venir á una fusión completa del elemento civil y el militar.

Es, pues, una ceguera, de parte de los hombres civiles, no estimar en todo lo que vale ese espíritu.

La cuestión está en saber si la fuerza material es indispensable ó no en la sociedad. ¿Y hay quien ponga esto en tela de juicio? Pues es un visionario, porque hace abstracción de una cosa evidente de los elementos perturbados ó enfermos que la sociedad encierra. En un revolucionario, esa demencia es tanto más censurable, cuanto que sostiene que está viciada la vida, y por eso pide nueva manera de gobernarla y regirla. Parte, pues, del supuesto de que hay un fondo de perturbación en la sociedad. Reconocer que hay un fondo perturbador, y no contar con una fuerza para dominarle, es, por tanto, una torpeza, una ceguera, un delirio.

El verdadero político, volvemos á decir como al comenzar, tiene que dirigir una ojeada sobre el mundo que le cerca, y no perder de vista ninguno de los elementos que en él hay, manteniendo órganos adecuados para impulsar los buenos y contener los malos. Si pues reconoce que existe

un buen fondo social que se inclina al trabajo, al cultivo de la Verdad, del Arte, á la realización del Bien, en una paladra, está obligado á prestar auxilio á ese buen fondo; pero si con ello observa que hay elementos que tienden al mal y que perturban el desenvolvimiento de los primeros, su deber está en crear y sostener órganos que refrenen su acción.

En tal concepto, tan esencial es á la sociedad política el soldado como el jornalero y el hombre de ciencia. Tan españoles, tan patriotas, tan amantes de la libertad y del progreso son los oficiales, como puedan serlo los literatos de profesión. ¿Que están aquéllos sometidos á la Ordenanza? También la tienen los trabajadores en su límite, y nada empece el que sea un trabajador, maestro en su oficio, para que sea á la vez un ciudadano amantísimo de la justicia y de la grandeza de su pueblo.

Pues otro tanto hay que decir del militar. Seguramente que aquel militar más pundonoroso, que más devotamente cumpla con su deber en las filas, será también el más cumplido ciudadano. Sólo los ignorantes y fanáticos pudieron creer, en en días de triste memoria, que para liberalizar al ejército era preciso atacar su disciplina.

Cumpla el soldado su deber, cumplan el artesano y el obrero, y así servirán mejor á su patria y á las ideas.

Sentada la verdad inconcusa de que el militar no es sino uno de tantos obreros en el mundo social, hay que reconocer con ello que es un obrero especial, que merece también una consideración especial: va á exponer su vida, va á presentar su cuerpo al enemigo, á que lo destroce y bayonetazos, lo acribille á balazos ó lo haga polvo á cañonazos. Se va á exponer al peligro de que le desgarran las carnes; de que agujereen y hagan heridas en todo su cuerpo, á que le martiricen bárbaramente, como ha solido ocurrir en guerras infernales como la de Cuba; le espera, quizá, después de caer dando ayes en el campo de batalla y retorcerse entre dolores indecibles en el lecho, una muerte de crueles agonías.

Esto no es un servicio ordinario; esto es un sacrificio, y la sociedad está obligada á retribuirlo con algo de sacrificio también.

Léjos, pues, nosotros de menospreciar el servicio del soldado, creemos y sostenemos que hay que remunerarlo de un modo excepcional, superior á la retribución ordinaria del resto de las funciones sociales.

Nadie verá con ceño más adusto que nosotros la existencia de los ejércitos; nadie abrigará quizá más arraigada convicción de que al fin se reducirán á casi nada, como pasa ya en los Estados Unidos; pero en tanto que subsistan, es indispensable compensar al ciudadano soldado (comprendiendo en este nombre desde el general al soldado de filas) el sacrificio á que se expone, con la más posible retribución. Esto pide la razón, esto pide la justicia, y nosotros queremos en todo y por todo lo que sea razonable y justo.

¡Suprimir el ejército! No. Lo que hay que suprimir es el mal social que obliga á sostenerle. A ese mal social encaminamos nuestros tiros. Y si nuestro oído no es torpe para percibir los latidos de la opinión de nuestros militares, y si no es torpe nuestra inteligencia para inducir por lo pasado lo que ha de ser en lo porvenir, estamos seguros de que el ejército español nos ayudará, no sólo con la fuerza material, sino, lo que es más, con su inteligencia y su abierta voluntad, como lo hizo en sus conspiraciones para derrocar el absolutismo, y lo ha hecho en el Norte contra el carlismo, á hundir en el polvo al Antiguo Régimen, y á levantar sobre sus ruinas el reinado de la libertad y de la justicia, por quien fervorosamente suspiramos.

¡Hombres civiles: no olvidéis ni un segundo que el militar español no es ya el brazo de la tiranía, sino el soldado del progreso!

MARIO.

Bibliografía.

EL DARWINISMO.—Sus adversarios y sus defensores, por D. Maximo Fuertes Acevedo.—Badajoz, 1883.

Nada puede dar idea más exacta de este interesante libro que las siguientes palabras de su autor, ilustrado director del Instituto provincial de Badajoz:

«La moderna teoría, dice el Sr. Fuertes al comienzo de su obra, sobre el transformismo de las especies, entraña cuestiones cuya gravedad ningún hombre de ciencia desconoce: el asunto es, pues, delicado y de suma trascendencia. Mas nosotros, al publicar este libro, exposición del sistema darwinista y nada más, prescindimos de toda deducción y haurimos de las consecuencias á que inevitablemente da lugar la doctrina transformista, y sólo consideramos el principio y la teoría de Darwin en su concepto científico. Atentos ante todo á popularizar esta clase de conocimientos, que creemos no deben ser ocultos ni ignorados para la generalidad, si la ciencia no ha de ser patrimonio exclusivo de determinadas entidades, sólo moviera nuestra pluma el deseo de que cuestiones de tan alta importancia como las que se refieren al darwinismo, se popularicen y sean conocidas, sin temor ninguno, por cuantos manifiesten deseos de saber y de ilustración, sin que en nuestros escritos pueda verse otra cosa que el noble deseo de generalizar la ciencia y la instrucción.»

Véndese este libro á 3 pesetas en casa de Uceda hermanos, Badajoz.

Estos anuncios proceden de la Redaccion, y su insercion es gratuita. No se admiten anuncios de pago, ni redactados por los interesados.

LAS DOMINICALES DEL LIBRE PENSAMIENTO

PERIÓDICO SEMANAL

ADMINISTRACION: CORREDERA BAJA, NÚM. 59, SEGUNDO DERECHA

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid, trimestre, 2 pesetas.—Provincias, id., 2,50 id.—Extranjero, año, 12 id.—Ultramar, id., 20 id.
Número suelto del día, 10 céntimos. Atrasado, 25 id.
La Redaccion dará cuenta de toda obra de que reciba dos ejemplares.
La Redaccion no responde de los artículos firmados.—No devuelve los manuscritos.—La Administracion no admite anuncios de pago.

INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA

INFANTAS, 42

Este establecimiento, se consagra hoy á la *educacion general*, esto es, á la llamada primera y segunda enseñanza. Es ajena á todo espíritu de partido, religion, ó escuela determinadas. Cuenta entre sus profesores y cooperadores á hombres de opuestos campos de la vida política militante, como Pelayo Cuesta, Azcárate, Giner, Alonso Martínez, Carvajal, Labra, Moret, etc., etc. Los profesores se consagran exclusivamente á educar á los alumnos é instruirlos en las diferentes ramas de la cultura, mediante explicaciones en las clases, en los paseos, en las visitas á Museos, talleres, fábricas, y toda clase de establecimientos que hay en Madrid, así como en las excursiones frecuentes que hacen por toda España, y aun por el Extranjero.

Es un establecimiento modelo que honra á nuestro país. Los padres que quieran dar una sólida instruccion á sus hijos, y ademas educarlos en sus deberes usuales, envíenlos á la Institucion Libre de Enseñanza.

HIGIENE Y EDUCACION DE LOS NIÑOS

POR EL DOCTOR P. LOZANO Y PONCE DE LEON

PROFESOR LIBRE DE LAS ENFERMEDADES DE LOS NIÑOS

EN LA FACULTAD DE MEDICINA DE MADRID

Acaba de publicarse esta interesante obra, que ha sido premiada por la Sociedad Protectora de los Niños.

Está dedicada á las madres, á las que, en efecto, puede servir de excelente guia para criar sanos y robustos á sus hijos. Precio, 4 pesetas.

Los pedidos hechos directamente al autor, Pez, 46, se servirán con una rebaja de precio proporcionada á su importancia.

ASOCIACION PARA LA ENSEÑANZA DE LA MUJER

CALLE DE LA BOLSA, 14

Esta asociacion, fundada por el piadoso D. Fernando de Castro con el solo fin de elevar y ennoblecer á la mujer española mediante la educacion é instruccion, ha progresado notablemente, merced á la devocion que presta á esta idea el Sr. D. Manuel Ruiz de Quevedo, á la que coadyuvan catedráticos distinguidos de la Universidad, explicando sin remuneracion alguna las clases.

Ademas de la Escuela de Institutoras, cuya matricula está cerrada, existen ya varias otras de aplicacion, á saber:

Escuela de correos y telégrafos.—Honorarios, 5 pesetas mensuales por todas las asignaturas de un curso; 5 por la práctica de Telégrafo; 2 por cada asignatura suelta.

Clases de lenguas: ingles, aleman é italiano.—Por una de las asignaturas de ingles ó aleman, 10 pesetas al año. Por la de italiano, 5 pesetas mensuales.

Clases de dibujo del yeso y de pintura.—Por una asignatura, 10 pesetas todo el curso; por las dos, 15 pesetas todo el curso.

Clases de armonium.—10 pesetas por todo el curso.

Escuela de comercio.—Está cerrada la matricula.

La Asociacion se sostiene mediante las pequeñas cuotas de los socios, y por algunas subvenciones de corporaciones y particulares.

Cuantas personas de espíritu ilustrado y que comprendan la importancia de semejante institucion que ha de ser una de las más sólidas raíces de la regeneracion de nuestra patria, deben hacerse socios.

MAPA DE ESPAÑA

de Vogel.—Recomendamos este mapa de nuestra patria, editado en la sabia Alemania que no tiene igual en cuanto á hermosura, claridad ó á haber hecho los restantes pueblos extranjeros. Los militares, sobre todo, necesitan imprescindiblemente poseerlo.

ATLAS STILLER.—

Magnífico atlas, del cual forma parte el grandioso mapa de España de Vogel. No hay nada más superior en este género. (Librería de Gutenberg, calle del Príncipe.)

SOMBRERERIA MILITAR.—

Justo Gomez, calle de Peñagoya, 14 y 16. Muy acreditado en esta especialidad.

REVISTA CIENTIFICO-MILITAR.—

Semanario doctrinal militar, en que se insertan trabajos científicos.—Barcelona, 5 pesetas trimestre.

REVUE MILITAIRE

de l'étranger.—Publica artículos verdaderamente concienzudos sobre la organización y asuntos militares de todos los países.—Paris, rue Noutmarre, 134; 12 francos el año.

HISTORIA DE ESPAÑA

por Lafuente (D. Modesto).—Montaner y Simón, Barcelona. Honra á los Sines. Montaner la edición monumental que acaban de hacer de esta clásica obra.

HUERTA.—SOMBRETERO.—

Tiene acreditado buen gusto, sobre todo en sombreros para niños. Príncipe, 7.

ORDENANZAS MILITARES.—

Exposición didáctica de parte de las mismas, por N. Amorós. Obra interesante al militar que quiera penetrarse del espíritu de la Ordenanza. Príncipe, 7.

ACADEMIA PREPARATORIA

para las carreras de Ingenieros, Estado Mayor, etc., por el ingeniero de Caminos Sr. Portuondo.—Calle de Valverde, núm. 24.—El Sr. Portuondo, á quien de saber, tiene el don de enseñar, que no es común.

EL LINARES.—PE

riódico bisemanal que se publica en la ciudad de su nombre. Es un resúmen actual de la República.

CONFERENCIA SO-

bre viajes escolares, por Rafael Torres Campos, profesor de la Institucion Libre de la enseñanza. Folleto interesante. Véndese en la librería de Hernando.

LA JUNTA DIRECTIVA

de la Sociedad de maestros carpinteros con taller abierto, titulada La Protectora, se reúne todos los jueves, de ocho á diez de la noche, en su local de la calle de Tetuan, núm. 4, casa de la fonda de la Plata, piso tercero.

Recomendamos á todos aquellos á quienes interese ingresar en dicha humanitaria Sociedad, no desistiendo de su empeño. La asociacion de los trabajadores es el único camino seguro, hoy por hoy, de su emancipacion y bienestar.

ANUARIO DEL COMERCIO

por Bailly-Baillière.—Me rece bien de nuestro país el Sr. Bailly por la obra importante que ha llevado cabo: en cual, si no exenta de inexactitudes, contiene preciosos datos para todas las personas de negocios.

ZAPATERIA DE INI-

go Lozano.—Calatayud.—Las condiciones de carácter del dueño de este establecimiento le hacen acreedor á toda la confianza del público. Varios individuos de Madrid traen de su casa el calzado, á pesar de las molestias naturales que lleva consigo el transporte. No puede darse mayor recomendacion.

SUSCRICION A LAS

DOMINICALES DEL LIBRE PENSAMIENTO en Cádiz.—Puede hacerse en la Plaza de Gagar del Pino, núm. 4, donde se venden tambien números sueltos á diez céntimos y se sirven al mismo precio á domicilio á las personas que lo encarguen.

EL HOMBRE NEGRO

por Alfredo Sirvent, precedida de una carta de Victor Hugo.—Esta preciosa novela, de propaganda antiesclavista, acaba de traducirse al castellano. Puede adquirirse en todas las librerías, y por carta á su editor D. Diego C. Romero, que vive en Jacometrezo, 61, Madrid. Precio: una peseta.

LAS COLONIAS.—

Prats.—Géneros ultramarinos y coniferia.—De lo mejor de Madrid en su género.—Arzapal, 8.

MECÁNICA DE SOLI-

dos, por Eduardo Lozano, catedrático de Institucion. El Sr. Lozano ha hecho una obra concienzuda, propia de su recta inteligencia, que merece el aprecio del profesorado público.

GINER, HERMENEGILDO.—

Obras.—Tiene un importante libro sobre Arte, con un prólogo de D. Nicolás Salmeron y otros varios más, así como algunas comedias.

COLEGIO IBERICO.

Isabel la Católica, 10.—Recomendamos á las familias este colegio, dirigido por el Sr. Langa, persona de la mayor inteligencia y rectitud.

LAS NACIONALIDADES

por D. Francisco Pi y Margall. Libro escrito con profundidad y claridad.

DURAND.—ENCUADERNADOR.—

Calle de la Grada, 3 y 5. Lo mejor de Madrid en su género.

GEOGRAFÍA DE ELI-

des Reclus.—Reclus es una gloria de la ciencia, y su obra una maravilla.

ESPEJO MORAL DE

los clérigos.—Recopilacion extraordinariamente completa de los célebres Maestros de fines místicas de El Motín.—No hay problema á que deje de dar solucion nuestro siglo. Lo que no consiguen conciliar, papas, reyes y obispos: la moralizacion del clero, lo va consiguiendo El Motín. Los clérigos que se extravían, le temen más que á las bulas y excomuniones papales. España entera está en movimiento para comunicar todos los días á nuestro colega cuantos deslices cometen los clérigos, de los que él da cuenta con chipisante gracia. Coleccion de esos sucesos es el libro que anunciamos.

Contribuyó á esta obra moralizadora, y obtendría en otro mundo la intercesion, para salvar vuestra alma, de los más Santos Padres de la Iglesia que se esforzaron para corregir los vicios del clero inútilmente, porque tuvieron que valerse de sus subordinados algo contumaces, y no de los agentes imparciales como los que auxilian á El Motín.

Nada más que una peseta cuesta obtener la gracia de aquellos santos varones.

JOAQUIN COSTA,

Obras.—La Teoría del hecho jurídico, y otras varias obras de este joven escritor, deben ser señaladas á la atencion del público. Admiran por la graduacion que revelan y la profundidad de pensamiento.

ENCICLOPEDIA PO-

pular, ilustrada de Ciencias y Artes, formada con arreglo á la Enciclopedia iconográfica y el «Conversacion Lexicon» de Alemania, por F. Gillman. Es un tesoro de cultura que haciendo penetrar por los ojos las cosas en su forma y color, ahorra inmensa fatiga al pensamiento.

OBJETOS DE ESCRITORIO.—

Concepcion Jerónima, 10. Este antiguo establecimiento, fundado en 1824, merece la confianza del público, los estudiantes de enseñanza primaria, y los señores de negocios.

FRANCE EN RELIEF.

Este admirable mapa de Francia y de parte de la Europa central, es lo más acabado de su género. Deben adquirirlo los establecimientos de enseñanza célicos de facilitar á los alumnos el conocimiento de las formas reales del terreno. Paris, Ch. Desagrave, rue Soufflot.

HISTORIA DE LA HU-

manidad, por Laurent.—Hay dos tradiciones acerca de esta obra, que es un monumento erigido á la libertad del pensamiento y al progreso, á la vez que el más implacable proceso contra el clericalismo.

BOLETIN DE LA INS-

titucion Libre de Enseñanza. Infancia, 43.—Suscripcion: 10 pesetas al año. Publica serios artículos sobre pedagogía y ciencia.

CERVECERIA ESCO-

cesa.—Príncipe, 6.—Se da café puro.

ELEMENTOS DE MA-

temáticas por Baltzer, traducidos directamente del alemán por D. Eulogio Jimenez y D. Manuel Merelo.—No hay comparacion entre los libros elementales de Matemáticas francesas, que usa de ordinario nuestra juventud, y las de los Sres. Aménesy y Merelo han traducido.—Bólo el poder de la rutina explica que después de impresos en lengua castellana, se siga enseñando por textos á la francesa.

MANICOMIO DE CA-

rabanchel Alto.—El nombre del Dr. Ezquerdo, que dirige este establecimiento, del cual es propietario, basta para acreditar su importancia. El doctor Ezquerdo es de los que hacen una religion de su profesion.

OBRAS DE DON RA-

fael María de Labra.—«La Colonizacion en la historia». La Abolicion de la esclavitud y otras varias, que deben leer los que se interesen por la redencion del esclavo y por los asuntos coloniales, en los cuales tiene verdadera autoridad, conquistada por sus talentos, el Sr. Labra.

GUMERSINDO DE

Azárzag.—Obras.—Este serio y elevado pensador tiene publicados varios trabajos sobre Derecho político, de propiedad, etc., que deben ser leídos por todo el que aspire á poseer conocimientos sólidos en estas materias.

O SECCULO.—PERIÓ-

dico republicano de Lisboa.—Publicacion tan seria como entusiasta por la libertad y el progreso.

CERVECERIA IN-

glesa.—Carrera de San Jerónimo, 15. Es el sitio en que se puede saborear el café puro. Sépanlo los forasteros.

LIBRERIA DE GU-

tenberg, Calle del Príncipe.—Ofrece esta nueva librería la garantía de que está á su frente una de las pocas personas que conocen el comercio de libros extranjeros.

GINER, FRANCISCO

Obras.—Pocos países contarán hombres que unan la profundidad de pensamiento y la vasta erudicion que posee este sabio profesor de la Universidad.—Tiene publicados variedad de trabajos, entre ellos: «Estudios de Literatura y Artes», «Enciclopedia jurídica», por Ahrens, traducida directamente del alemán por el Sr. Giner en union de A. G. Linarez; «Principios de derecho natural», etc.

ENFERMEDADES DE

los niños.—El Dr. Lozano, director de la consulta de la Sociedad protectora de los niños, que vive calle del Pez, 46, duplicado, se consagra á esta especialidad. Lo recomendamos.

ESPECIFICOS.—NO

comprarlos. Sólo un médico inteligente puede determinar la proporcion en que deben combinarse los simples en cada caso, para formar medicamentos compuestos apropiados á la edad, naturaleza y estado de cada dolencia. Por otra parte, el sabio que conoce una verdad, se apresura á compartirla para bien de los hombres; los autores de específicos que quieren hacer creer que tienen en su mano la vida de sus semejantes, escondan su secreto para ganarse algunos reales. Es imposible creerlos, hay que juzgarlos más humanamente; basta la intaluz portera de la casa sanatoria á decir á sus camaradas la clase de remedios que emplean para que los apliquen á los individuos de sus familias cuando están enfermos y sanatorios; ¿habrá de ser mofino un señor farmacéutico? Decir pues, que curará esto, aquello y lo otro, es una pura broma para hacer la estadística de los pobres que andan por el mundo y reirse á los costados. Lector discreto, huya de ser número en esa estadística, y cuando éstos enfermo consulte á un médico ilustrado, que sepa lo que padece y las medicinas que le da.

EL MOTIN, PERIODI-

co satírico.—Hay mucho papel impreso que, en apariencia seria, oculta algo burla. El Motín, en cambio, en forma burla, persigue un fin serio.

POLITICA DE CAPA Y

espada, por Selgas.—Precioso libro, digno del autor de «El Nudo gordiano».

HISTORIA DE POR-

tugal, por A. Herculano.—Desgraciadamente no hay más que cuatro tomos de este monumento de la historia del pueblo hermano, pero sílos basta para formar idea del genio de Herculano, y penetrar en la entraña de la Edad Media.

Del mismo autor hay ademas: la *Historia de Inquisicion*, *Estado de Prerogativas*, *O Monge de Claver*, etc., á cual más admirables.

SAINZ Y ROMILLO

hermanos.—Almacén de papel. Casa de sólida reputacion. Plaza del Callao.

EL ECO BILBILITA-

no.—Diario sostenido por las fracciones republicanas de aquella localidad. Su revista es *República*, *hoy*, *mañana*, *justicia*. No debe haber librería que no tenga la suya en protección.

MANUEL CAÑETE.—

Diamantista, Olivo, 16.—Mercede toda la cosianza del público, por la conciencia con que desempeña su profesion.

ROMANERÍA Y ÚTI-

les de pesar.—Puede competir con todas las demás casas de España, tanto por su antigüedad como por la solidez y simacion en los objetos que fabrica la casa de Valentin Ortega, hijo, establecida en el año 1700 por su bisabuelo del mismo nombre; calle de Santa Ana, números 7 y 9, en Madrid.

BIBLIOTECA DE AR-

te y letras.—E. Domenech y compañía, de Barcelona.—Esta preciosa Biblioteca publica obras de los mejores autores nacionales y extranjeros, lujosamente impresas, ilustradas y encuadernadas. Los hombres de gusto que quieren tener en su librería una coleccion de preciosos libros, deben suscribirse á esta biblioteca. Con cada reparto se da un tomo y una lámina bien grabada, representando cuadros de pintores, generalmente modernos; estas láminas no valen ciertamente lo que los tomos, pero compensa con creces esa diferencia de valor, la hermosura de los libros. Cada libro y cada lámina cuestan dos pesetas; esto es, que en cada reparto hay que pagar dos pesetas por tomo y dos por lámina, en junto cuatro pesetas. El representante en Madrid, Miguel Sabaté, que vive en la calle Mayor, 15, tercero; sirve con diligencia los pedidos, bastando avisar por correo.

EMPLEO.—UN EM-

pleado en ferro-carriles nos dice en carta muy bien escrita en fondo y forma, que para atender á las necesidades de su numerosa familia, que no alcanza á cubrir su escaso sueldo, desearía encontrar una ocupacion de las que podría conagrarse de 7 á 12 de la noche. Personas tan honradas y laboriosas, merecen toda la proteccion del público. El interesado vive Rey Francisco, 18, tercero derecha.

HISTORIA DE POR-

tugal, por J. F. Oliveira Martins.—Este compendio de la historia de Portugal es de lo mejor que puede hallarse en obras de este género. Está admirablemente escrita, como cuanto sale de la pluma de este gran literato portugués. Tiene otras varias obras, muy interesantes á los españoles, como la *Historia de la civilizacion ibérica, Portugal contemporáneo*, etc.

MANUEL CAÑETE.—

Diamantista, Olivo, 16.—Mercede toda la cosianza del público, por la conciencia con que desempeña su profesion.